

El trabajo de Iker Larrauri en el INAH

Leopoldo Zorrilla Ornelas*



Patio y fuente del Museo Nacional de Antropología, vista general, Ciudad de México, 1964 **Fotografía** © Sinafo-INAH, 229017

Iker y yo nos conocimos en 1954, cuando él estudiaba en

la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en la calle de Moneda, y yo estaba en la prepa, en San Ildefonso. Los días en que tenía clase en la tarde, al finalizar casi siempre me iba al viejo Museo Nacional de Antropología (MNA), donde se ubicaba la ENAH y estudiaba Guillermo Bonfil, mi más cercano amigo desde 1952. También acudía a la biblioteca del museo, que era un lugar muy adecuado para investigar y escribir sobre los trabajos que nos dejaban dos excelentes maestros: Fernando Anaya Monroy, de Historia de México, y José Alvarado, de Filosofía. Por supuesto que aprovechaba la ocasión para buscar a Guillermo, y éste me presentó a sus discípulos, entre quienes estaban Alfonso Muñoz, Rodolfo Stavenhagen, Leonel Durán, Mario Vázquez, Jorge Angulo, Antonio Pérez Elías, Carlos Navarrete y Enrique Valencia, así como a las compañeras Cristina Sánchez Bueno, Margarita Nolasco, Lina Güemes, María Eugenia (Nina) Vargas, Mercedes Olivera y muchos más cuyos nombres no recuerdo.

Éramos —me incluyo sin derecho alguno— un grupo entusiasta, juvenilmente izquierdoso —salvo Toño Pérez Elías, quien por entonces era jefe de redacción de la prestigiosa revista *Tiempo*, dirigida por Martín Luis Guzmán— y razonablemente pachanguero. Lamentamos, junto con Carlos Navarrete, el golpe de Estado de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) y Castillo Armas contra el presidente democrático de Guatemala, Jacobo Árbenz; nos solidarizamos con los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional que habían ido a la huelga y después fueron reprimidos y sus líderes encarcelados por el presidente Adolfo Ruiz Cortines.

Durante esos meses visité en distintas ocasiones la construcción de la réplica de la tumba de Pakal en Palenque, y vi a los entonces aprendices de museógrafo —Larrauri, Angulo, Vázquez y Teté Dávalos— en sus discusiones y sudores. Desde nuestros primeros encuentros Iker fue excepcionalmente atento conmigo —es siete años mayor que yo, y a los 20 ésa es una larga distancia—; él me explicó varios detalles de la tumba y de la zona arqueológica. Por otro lado, todos envidiábamos a Iker, quien llegaba al viejo museo en su flamante motocicleta. Unos cuantos meses más tarde se hizo acreedor de una beca —creo que de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés) para viajar por Europa visitando museos.

Una vez terminada la prepa, en 1956 ingresé a estudiar Economía, y al año siguiente Ciencias Políticas, en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Por esa razón dejé de asistir a la ENAH, pero seguí viendo a los antropólogos en ciernes durante las reuniones que Guillermo hacía en su casa con cualquier pretexto. Al concluir mis estudios, en diciembre de 1960, Pablo González Casanova, director de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, me presentó con el justamente



Montaje del Museo Olímpico de Lausana, Suiza, 1993 Fotografía © Sinafo-INAH, 842066

prestigioso Juan F. Noyola, director Nacional de Planificación del Gobierno Revolucionario de Cuba, y éste me invitó a trabajar con él en la Junta Central de Planificación, en La Habana.

En abril de 1961 el presidente John F. Kennedy autorizó la invasión de Cuba por una brigada cubana de contrarrevolucionarios entrenados y armados por la CIA. Como todos sabemos, en sólo tres días las Fuerzas Armadas Revolucionarias aniquilaron la invasión y capturaron a los supervivientes. El 1 de mayo el comandante Fidel Castro pronunció en la Plaza de la Revolución, en La Habana, un sentido discurso en que fijó el carácter socialista de la Revolución. Recuerdo con claridad cómo Iker, Guillermo, Poncho Muñoz y yo oímos entusiasmados —en el radio Telefunken de onda corta del primero, en su casa de Colorado 109, en la colonia Nápoles— esas mágicas palabras y nos felicitamos por haber podido atestiguar ese hecho histórico.

Un mes más tarde, el 6 de junio, viajé a La Habana. El propósito era aprender en la práctica, durante dos años, eso que llaman “planificación” y que por entonces sólo se estudiaba en Lovaina, Bélgica —al final fueron 10—. Allá me casé y nacieron mis dos primeros hijos, y sólo vine a México en la época navideña en tres ocasiones, y en otras dos por enfermedades graves de mis padres.



Credencial del INAH de Iker Larrauri, 1957, Ciudad de México **Fotografía** © Sinafo-INAH, 842092



Iker Larrauri Prado, 1950, Ciudad de México **Fotografía** © Sinafo-INAH, 842076



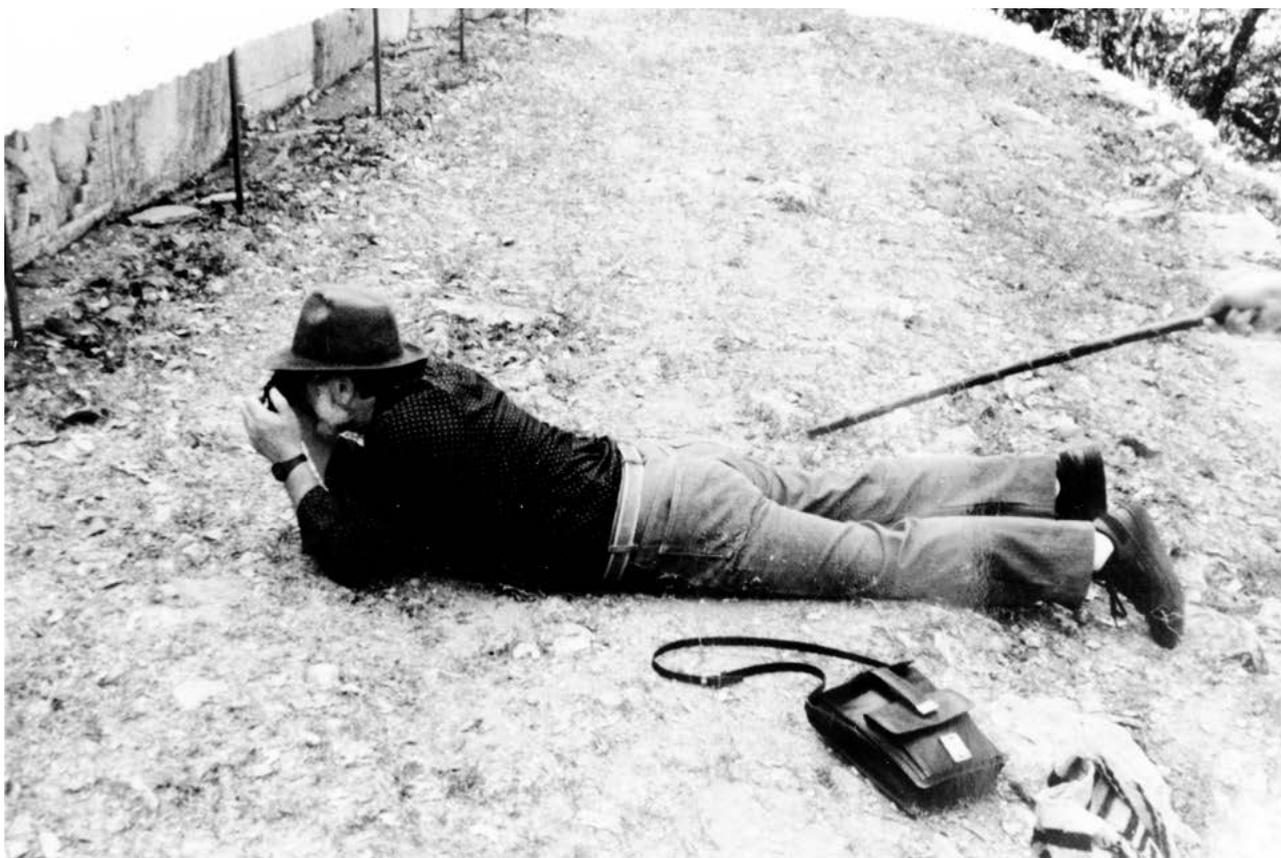
Tarjeta de identificación del alumno Iker Larrauri Prado, 1955, Ciudad de México **Fotografía** © Sinafo-INAH, 842087

A mediados de 1970 mi situación en Cuba era por demás incómoda. El fracaso económico y político que implicó no haber podido producir los 10 millones de toneladas de azúcar se tradujo, entre otras cosas, en el relegamiento y la creciente desconfianza respecto de los “técnicos extranjeros”, sobre todo los latinoamericanos: argentinos, chilenos, peruanos, mexicanos, etcétera. En mi caso particular, durante más de un año se me solicitaron informes y estudios acerca de diversos temas. Cada uno me llevó tres o cuatro meses, entre recopilación y estudio de la información disponible y redacción, exposición de la metodología seguida y conclusiones. En ningún caso recibí de mis superiores la menor observación o comentario. Incluso ignoro si los leyeron. Parfraseando a Marx, pasaron a recibir la más feroz de las críticas: la de los ratones. No soy muy buen entendedor, pero comprendí que mi permanencia en Cuba había terminado.

El 6 de junio de 1971, justo 10 años después de mi partida, regresé a México; mi esposa y mis hijos tardaron casi siete meses en recibir el permiso para salir de Cuba, gracias a la buena voluntad y eficiencia de la burocracia cubana. Ya en México, el imprescindible Guillermo Bonfil y su amigo Eduardo Morales Coello me recomendaron con el director del extinto Centro Nacional de Productividad (Cenapro), quien me contrató como investigador y después me nombró jefe de la División de Estudios Económicos. Haber trabajado a las órdenes de Juan Noyola rendía sus frutos.

En diciembre, una ex discípula y compañera en el Cenapro —Conchita Olavarrieta— me pidió que la acompañara a una reunión de fin de año en casa de un ex compañero de la prepa: Lenin Molina. Para mi sorpresa, también acudieron otros excelentes amigos preparatorianos: María Elena Beltrán y Fidel Ortega, así como ¡Iker Larrauri y Mayán, su nueva y radiante esposa! De inmediato reanudamos nuestra amistad, sin sospechar que en breve seríamos compañeros de trabajo. En efecto, a finales de enero de 1972 Guillermo Bonfil fue nombrado director General del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). El presidente Echeverría se resistía a hacer el nombramiento, dado el papel desempeñado por Guillermo en los sucesos de 1968, pero el doctor Aguirre Beltrán, subsecretario de Cultura, insistió en que Bonfil era el único antropólogo que reunía el suficiente prestigio académico, juventud y trayectoria de trabajo, requisitos indispensables para insuflar nueva vida al ya anquilosado instituto.

Un sábado por la tarde, a principios de febrero, sin previo aviso, llegaron a la casa Cristina, Guillermo y sus tres hijos, quienes desde que nacieron fueron mis sobrinos. Después de los saludos de rigor y de informarnos sobre sus primeros días en el INAH, Guillermo me pidió que renunciara al Cenapro y me fuera a trabajar con él al instituto como jefe del Departamento de Tesorería y Administración —el cual



Iker Larrauri durante las prácticas de campo de la INAH en Palenque, Chiapas, México, 1954 **Fotografía** © Sinafo-INAH, Colección Incremento Acervo-Fototeca Nacional, 842096

devino Dirección de Administración—. De inmediato contesté que yo nunca había administrado nada y que carecía de la experiencia y los conocimientos en la materia. Guillermo repuso que confiaba en mi sentido común, mi honestidad y disciplina de trabajo, y que, si a ésas íbamos, él tampoco había dirigido nunca nada: que por favor no lo dejara solo. No tuve más remedio que rendirme.

En el INAH mi nombramiento causó una sorpresa mayúscula, pues yo era un auténtico desconocido. De los antropólogos que había conocido 15 años atrás sólo quedaban Mario Vázquez en el MNA, Jorge Angulo en Cuernavaca y Cristina —esposa de Guillermo— en Servicios Educativos del MNA. Todos los demás —Iker, Rodolfo, Leonel, Toño, Poncho y Navarrete— estaban fuera. Sin embargo, Guillermo los convocó y convenció de incorporarse, al menos parcialmente, lo cual contribuyó a que nuestro quehacer en el INAH se fuera definiendo y perfilando. Gracias al trabajo de Mercedes Olivera, quien fungía como secretaria de la Dirección General, supimos que las investigaciones de las diversas especialidades del INAH —arqueológicas, etnográficas, históricas, lingüísticas, entre otras— estaban totalmente desconectadas.

Así, se reconocía que en el instituto trabajaban unos 140 investigadores, quienes tenían a su cargo 235 proyectos —más

de uno per cápita—. Cada investigador iba a su propio aire y los museos también al propio, cuando lo tenían. Era preciso darle sentido a cada proyecto, dentro de un orden de prioridades que respetara la autonomía de los investigadores; al mismo tiempo no sólo no descuidar, sino incrementar las labores de vigilancia, mantenimiento y, en su caso, de restauración de los monumentos y sitios arqueológicos e históricos, de los bienes muebles y de los museos —en ese año eran 42—, así como de sus colecciones. También se le pidió a Guillermo que continuara con la instalación de nuevos museos regionales y de sitio, en especial los de Oaxaca, Cuernavaca y Puebla.

La incorporación de Iker resultó fundamental, pues se encargó de dirigir una enorme tarea, sin contar para esto con la infraestructura mínima indispensable. Además, él venía con sus propias ideas, que por supuesto sumó a las que se le pedían. En la *Memoria de labores del INAH, 1971-1976* —quiero suponer que por error u olvido no aparece entre los libros editados por el instituto desde 1938 hasta la fecha—, en la página 152 se enlistan los nuevos y los totalmente renovados museos en el lapso entre 1972 y 1976. Dada la imposibilidad de conseguir ese libro, estimo que es mejor reproducir el contenido:



Iker Larrauri y Pedro Ramírez Vázquez en un museo, junto a la reproducción de la cabeza de guacamaya de Xochicalco **Fotografía** © Sinafo-INAH, 842054

MUSEOS NUEVOS Y TOTALMENTE REESTRUCTURADOS POR EL INAH

1972-1976

Regionales

Oaxaca, 1972; Loreto, BCS, 1973; Cuauhnáhuac, Mor., 1974; Puebla, 1976; Guadalajara, 1976; La Laguna, Torreón, 1976. (Total, seis museos regionales.)

Locales

Acámbaro, Gto., 1973; Cuitzeo, Mich., 1974; Córdoba, Ver., 1974; Guillermo Spratling, Taxco, 1975; Ocotlán, Oax., 1975; San Miguel Amantla, DF, 1975; Valle de Santiago, Gto., 1975; San Matías Tlalancaleca, Pue., 1975; Santiago Tuxtla, Ver., 1975; Pénjamo, Gto., 1976; Salina Cruz, Oax., 1976; Salamanca, Gto., 1976; Yauatepec, Mor., 1976; Agustín Rivera, Lagos de Moreno, Jal., 1976, y Guelatao, Oax., 1976. (Total, 15 museos locales.)

De sitio

Tres Zapotes, Ver., 1975; Ayotzintepec, Tuxtepec, Oax., 1976; Cholula, Pue., 1973; San Cristóbal Ecatepec, Méx., 1976; Lázaro Cárdenas, Jiquilpan, Mich., 1976; San José Mogote, Oax., 1976; San Martín Huamelulpan, Tlaxiaco, Oax., 1976, y San Miguel Allende, Gto., 1976. (Total, nueve museos de sitio.)

Museos escolares (por entidad federativa)

Chihuahua, 24; Distrito Federal, 45; Hidalgo, 36; Jalisco, 115; México, 136; Morelos, 95; Nuevo León, 120; Oaxaca, 111. (Total, 682 museos escolares.)

A estos recintos habría que sumar el llamado Salón del Sexenio, construido muy cerca de la sede del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, en San Jerónimo Lídice, Ciudad de México, así como la restauración y adaptación del ex convento de San Francisco, en Pachuca, Hidalgo, para depositar allí el Archivo Fotográfico Casasola, así como las colecciones Hermanos Mayo y Kahlo, del extraordinario fotógrafo y padre de Frida.

Dado el tiempo transcurrido, varios de los museos regionales y muchos de los locales y de sitio han sido renovados una vez más —valga el cuasipleonismo—; me consta en los casos de Oaxaca, Puebla, Cuauhnáhuac y Loreto, aunque para los demás carezco de información.

El trabajo desempeñado por el personal de la Dirección de Museos, a cargo de Iker, es digno de un estudio pormenorizado, tanto para medir la actividad museística como para



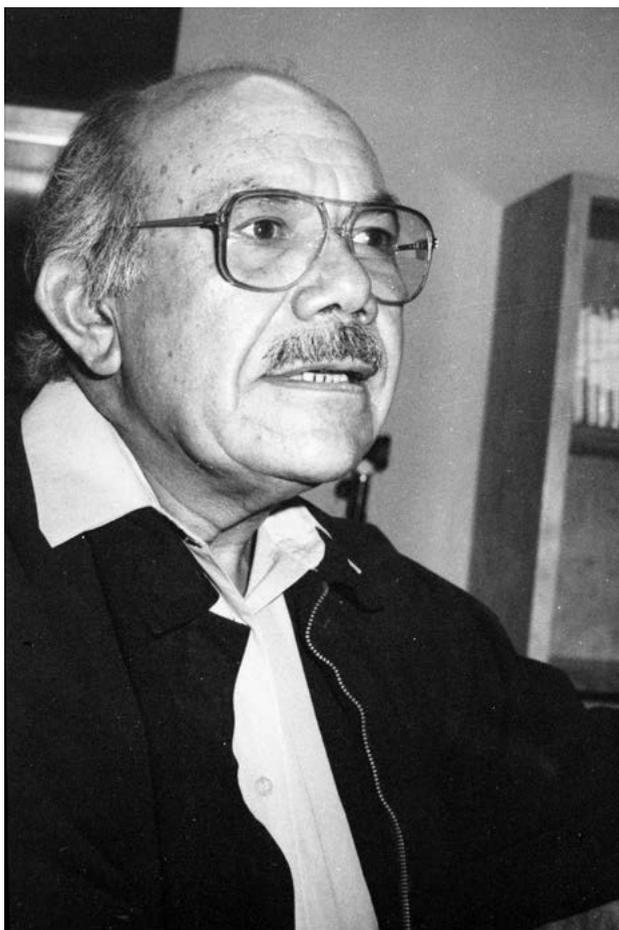
Iker Larrauri y Jorge Agostoni frente al Museo Olímpico en Lausana, Suiza **Fotografía** © Sinafo-INAH, Colección Incremento Acervo Fototeca Nacional, 842057

aprender de los errores, que sin duda se cometieron. Vale destacar que cuatro de los nuevos museos regionales —Oaxaca, Loreto, Cuauhnáhuac y Guadalajara— se instalaron en sendos monumentos coloniales, donde fue necesario realizar obras de restauración y adaptación museográfica de los edificios. Los otros dos, Puebla y La Laguna, ocuparon locales de construcción relativamente reciente, aunque de todos modos requirieron de obras de mantenimiento y adaptación. Por supuesto, estos museos debían inaugurarse en una fecha precisa, pues así lo indicaba la “agenda del señor presidente”, quien en la mayoría de los casos no asistió, sino sólo su representante personal.

En términos prácticos siempre se trabajó a contrarreloj, salvando —nadie sabe cómo— los obstáculos que surgían como hongos en temporada de lluvias. En el Palacio de Cortés, en Cuernavaca, fue preciso que algunas dependencias federales y locales desocuparan los espacios que se les habían asignado desde hacía varios lustros; también restaurar, con permiso del Instituto Nacional de Bellas Artes, el mural de Diego Rivera sobre la Conquista, la Independencia y la Revolución. En Oaxaca fue muy difícil convencer a la Secreta-

ría de la Defensa Nacional (Sedena) que desalojara parte de la superficie que ocupaba en el ex convento de Santo Domingo, aunque conservó el uso del patio de maniobras y algunas edificaciones. En Loreto fue una tarea de Sísifo enviar auténticas caravanas de personal calificado en albañilería, carpintería, plomería, etcétera, pues en Baja California Sur era inexistente. En Puebla, convencer otra vez a la Sedena que nos permitiera trabajar en los fuertes de Loreto y Guadalupe, donde de modo explícito se rendiría homenaje al Ejército Nacional. Y en Guadalajara hubo que incluir en todas las discusiones y decisiones importantes a don José Guadalupe Zuno, hasta ese momento director casi ausente del museo, dada su avanzada edad. Y como don Lupe era “el primer suegro de la patria”, había que oírlo y sufrirlo.

En los museos locales y de sitio la participación de las diversas fuerzas locales también se hacía presente con las peticiones y presiones de los ayuntamientos y los comisariados ejidales y comunales. La sabiduría y paciencia de Iker Larrauri y su principal colaborador, Jorge Agostoni, son dignas de encomio. Nunca hubo necesidad de solicitar el auxilio ni el apoyo de instancias superiores —el secretario de Educación



Guillermo Bonfil Batalla, antropólogo, 1994 **Fotografía** © Sinafo-INAH, Colección Mediateca, Colección Incremento Acervo Fototeca Nacional, 839523

Pública y el presidente de la república— para superar esos y otros escollos.

Una tarea de la que poco se conoce es el Programa de Museos Escolares, el cual Iker propuso, instrumentó y dirigió. En breves palabras, consistía en convencer a las autoridades, el personal docente, el alumnado y los padres de familia de destinar una pequeña superficie techada del edificio escolar para instalar un pequeño museo. En cada una de las 682 escuelas en que funcionó el programa hasta 1976, las propias comunidades escolares, con la colaboración y asesoría del personal del INAH y algunos profesores comisionados por la Subsecretaría de Educación Primaria y Normal, definieron las temáticas de sus museos y consiguieron sus colecciones.

El esfuerzo y la imaginación de quienes trabajaron en el programa fue enorme. Piénsese que —en promedio de los cinco años— se abrieron 2.6 museos escolares por semana. A más de 40 años de concluida esa administración, ignoro si subsisten esos museos e incluso si en la actual Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones del INAH existe personal que atienda de algún modo a los eventuales remanentes del

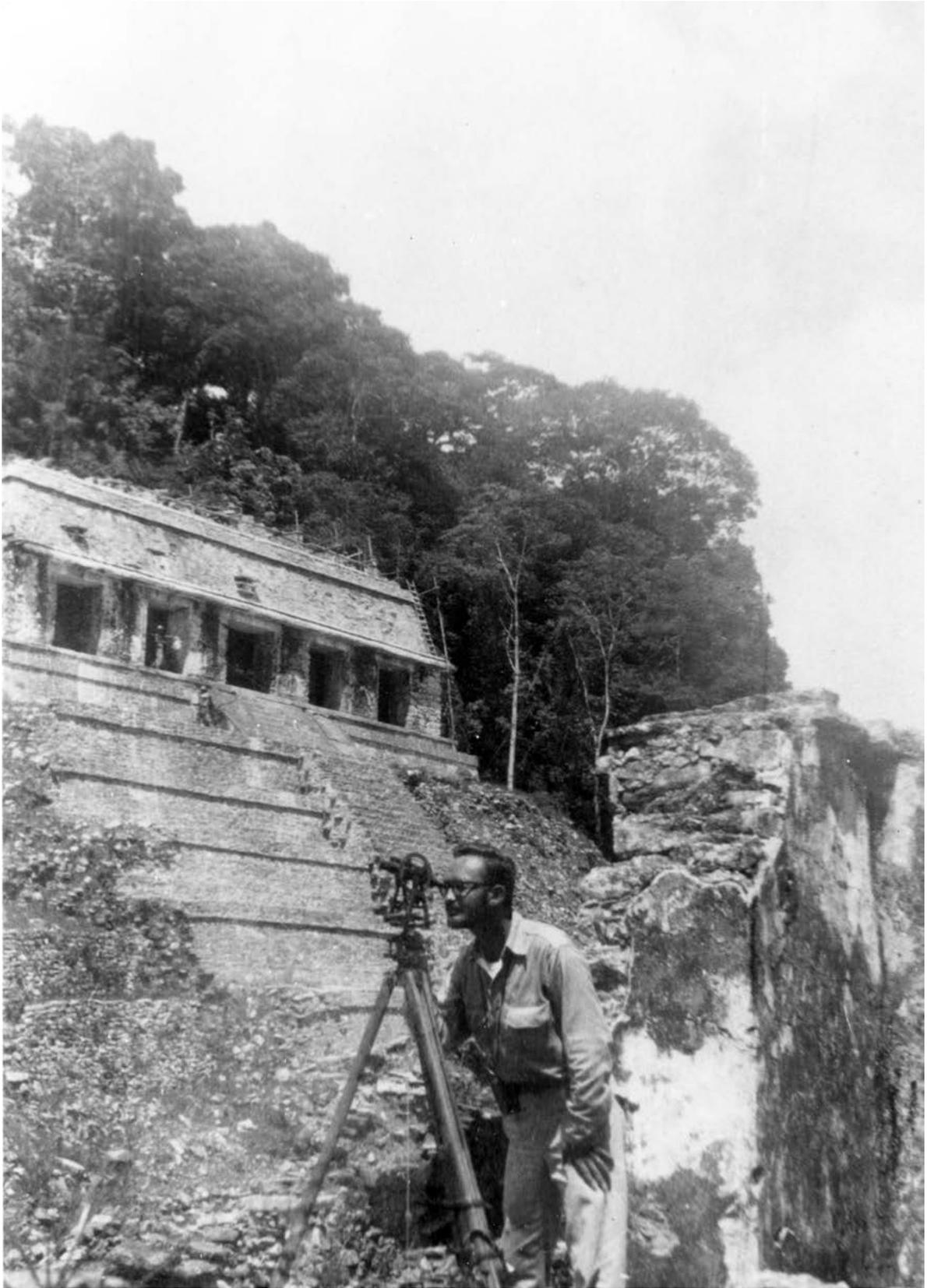
programa. La página del INAH en internet no dice nada en esta materia.

En conformidad con el postulado museológico de Iker, el museo escolar debe cumplir la finalidad de vincular a los alumnos y sus familias con la realidad geográfica, ecológica, histórica y artística de su entorno inmediato, para enriquecer así los aprendizajes y hacer más firme su formación. Esto, a su vez, contribuye a que, cuando esos escolares visiten museos de sitio, locales o nacionales, aprecien de mejor manera la enorme riqueza de nuestra historia, tradiciones y culturas.

Mucho se ha hablado y escrito acerca de las características de las museografías en que Iker ha intervenido como participante o director, y yo no soy una persona calificada para emitir una opinión válida. Siempre se mencionan la reproducción de la tumba de Pakal, la Sala de Poblamiento de América del MNA, la Galería de Historia en el bosque de Chapultepec o el gigantesco *Caracol* que deja oír su sonido en el patio del MNA. Para mí lo más importante ha sido la concepción global de cada museo o sala, el orden que deben tener sus salas o secciones, el contenido general y su distribución espacial, la búsqueda de colecciones, el almacén o bodega en que se depositan las que no están en exhibición pero sí son materia de estudio, el respeto ambiental que merecen, la explicación breve y clara de cada pieza exhibida, los materiales de que está hecha, su fechamiento probable o exacto, el lugar en que fue encontrada o adquirida, y en su caso el autor y otros datos relevantes. Con base en esas preocupaciones, la Dirección de Museos y el Departamento de Almacén e Inventarios, con la colaboración del Departamento de Conservación y Restauración y la Sección de Máquinas Electrónicas del MNA, desarrollaron la “ficha de registro”, clasificación y catalogación de las colecciones arqueológicas, históricas y artísticas de todas las dependencias del INAH.

Durante los años en que trabajamos juntos en el INAH no tuve oportunidad para apreciar la importancia de este aspecto de la labor de Iker. Conocía, eso sí, muchos de sus trabajos como artista plástico, y mi casa se engalana con varios cuadros y esculturas suyos. Pero de su trabajo como museógrafo poco logré enterarme, inmerso como estaba en las cuestiones administrativas. En 1981, cinco años después de dejar el INAH, el secretario de Educación le pidió a Guillermo Bonfil que elaborara un proyecto para impulsar la cultura popular: premio de consolación por no haberlo nombrado director del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), pese a que fue Guillermo quien propuso y preparó la transformación del Centro de Investigaciones Superiores del INAH (CIS-INAH).

Una vez que redactó un borrador, Bonfil nos convocó a María Ester Echeverría, Arturo Warman y a mí a discutirlo. Fernando Solana, titular de la Secretaría de Educación Pública (SEP), aprobó el proyecto y le ordenó a Roger Díaz de Cossío



Iker Larrauri durante las prácticas de campo de la INAH en Palenque, Chiapas, México, 1954 **Fotografía** © Sinafo-INAH, Colección Incremento Acervo-Fototeca Nacional, 842084

—subsecretario de Cultura— que lo atendiera desde el punto de vista administrativo. Para empezar, nos asignaron la casa que había sido sede de la campaña presidencial de José López Portillo, en Coyoacán. Y ahí empezamos a trabajar en la definición, construcción e instalación del que ahora es el Museo Nacional de Culturas Populares (MNCP).

Lo primero fue pensar en quién debía ser el museógrafo. No llevó ni 10 minutos acordar que se invitaría a Iker como primera y única opción. Larrauri no se hizo del rogar, aunque como ya había constituido Museográfica, S.C., en asociación con Agostoni, señaló que no sería sólo él, sino esa nueva empresa la que se encargaría del trabajo, lo cual se aceptó. De ese modo, de inmediato empecé a imaginar cómo sería la planta del edificio que debería construir el extinto Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE), y dentro de la única sala prevista —ahora el museo cuenta con cuatro salas, además de los espacios al aire libre—. También se dio a la tarea de distribuir el espacio museográfico para dar cabida a la primera exposición: *El maíz: fundamento de la cultura popular mexicana*. Por su lado, Guillermo y Arturo convocaron a varios jóvenes antropólogos para hacer las investigaciones pertinentes. María Ester se ocupó de lo relativo a las publicaciones y las relaciones públicas, y yo, como era de esperarse, me responsabilicé del rollo administrativo.

La idea de la exposición fue de Guillermo Bonfil; el guión museográfico general, de Arturo; la investigación la coordinó Victoria Novelo; la museografía fue desarrollada por Iker y Agostoni; en la adquisición de las colecciones participamos todos, aunque su tratamiento y catalogación correspondieron a Mariano López Giménez. Fue emocionante participar como oyente con voz —en cada decisión estaba implícita una erogación y nuestro presupuesto no era infinito— en las propuestas de los detalles museográficos. Desde esa ventana aprecié, ahora sí, la dedicación, experiencia y ojo clínico de los responsables de la construcción y el montaje de la exposición. Al concluir el periodo de exhibición, Larrauri y Agostoni hicieron la museografía de dos exposiciones más del MNCP: *Obreros somos. Expresiones de la cultura obrera* y *La vida en un lance: los pescadores de México*.

Debo señalar que Museográfica, S.C. también se encargó de construir o renovar otros varios museos, tanto del INAH como de otras instituciones. A mi entender, los proyectos más significativos y exitosos fueron los del Museo Parque de La Venta, en Villa Hermosa, Tabasco; Paquimé, en Casas Grandes, Chihuahua; el de Antropología en Xalapa, Veracruz; el de Tecnología en Culiacán, Sinaloa, y el de Arte Colonial en Puebla. También sé que no participaron en esa muestra de mal gusto, dispendio e ineficacia museística que es el Museo del Templo Mayor, en la ahora CDMX.

Algunos puntos finales: además de su obra propiamente museográfica en México y de su amplia obra plástica, Iker ha

participado en diversos proyectos fuera del país; sin embargo, como eso sólo lo conozco de oídas, no es válido que yo hable de ellos. Las que sí deseo señalar son esas obras que casi todos hemos visto sin saber quién es el autor. Creo que las más notorias son los almacenes cónicos que la extinta Conasupo construyó en la década de 1960 y que uno puede ver cuando viaja por carretera. En esos años el director general de esa empresa le pidió a Iker que diseñara un modelo de almacén para ejidos y comunidades, el cual incluyera oficinas y “patio de secado”. Tras darle muchas vueltas, Larrauri recordó los grandes conos de adobe pintados en un famoso cuadro por Francisco Goitia. Al investigar al respecto, se enteró de que Francisco García Salinas, gobernador de Zacatecas en el periodo 1828-1834, reconocido por su cercanía con los liberales y con los campesinos, había mandado construir esos conos, ¡y que aún servían como silos! Con esa base desarrolló el proyecto arquitectónico, el cual fue aprobado y puesto en ejecución. Desconozco el número de silos y almacenes construidos, pero en cualquier viaje por las vetustas carreteras federales se pueden ver.

Varios años después el secretario de Salubridad y Asistencia le solicitó a Iker que diseñara el “logo” de esa dependencia: son las letras SSA recostadas una sobre la otra, de tal manera que simulan una pequeña pirámide. Posteriormente el mismo funcionario, ahora como gobernador del Estado de México, decidió hacer “dos obras notables”. La primera fue el Centro Ceremonial Otomí, cerca de Temoaya, un gran espacio rodeado parcialmente por los icónicos conos, que nunca funcionó como tal y al que después se le quiso transformar en hotel y por último fue convertido en el Centro Deportivo de Alto Rendimiento. La otra es el monumento en homenaje al general del Ejército Liberal Leandro Valle, caído en combate en un lugar boscoso situado entre la estación piscícola de Las Truchas y La Marquesa, a un costado de la vieja carretera federal México-Toluca. En este caso Iker se las ingenió para hacer una escultura abstracta, al encimar grandes bloques de granito. El resultado fue tal que nadie se entera de que es un monumento. todos tienden a pensar que es un simple desprendimiento de las rocas de la montaña más cercana.

Por cierto, el “logo” que identifica al INAH —el centro simplificado de la cara de Tonatiuh en la *Piedra del Sol*— también lo dibujó Iker y se usó por primera vez para ilustrar los forros de la *Memoria de labores del INAH. 1971-1976* —de esto último no estoy seguro, aunque creo que suena bien y es verosímil.

Desde que nos reencontramos en diciembre de 1971 hasta la fecha, Iker y su familia y yo con la mía hemos seguido cultivando con esmero una cariñosa y fraternal amistad. Ahora, separados por algo así como 2 000 kilómetros, intentamos mantenernos en contacto permanente, preocupándonos por el deterioro del país y por el avance inexorable del tiempo. Muchos de los amigos y compañeros del INAH en el periodo 1972-1976 ya no están con nosotros: Toño Pérez Elías,



Iker Larrauri frente a su obra en el Museo Nacional de Antropología, 1964, Ciudad de México **Fotografía** © Sinafo-*INAH*, 842127

Guillermo Bonfil, Alfonso Muñoz, Enrique Valencia, Margarita Nolasco, Arturo Warman y Rodolfo Stavenhagen. Pero aquí seguimos, en la frescura y con los achaques de los ochenta y pico, Mario Vázquez, Leonel, Angulo, Navarrete, Cristina, Lina, Nina, Iker, Mayán y quien escribe, amén de otros cuyos nombres se me escapan ✨

* Investigador y promotor cultural independiente.

Nota

Salvo la cita de los museos nuevos y renovados, todo este texto es resultado de una labor de “arqueología de la memoria”. Son recuerdos y apreciaciones de hechos que no tienen sustento documental y que otras personas pueden haber percibido o interpretado de distinta manera

Bibliografía

Memoria de labores del INAH. 1971-1976, México, *INAH*, 1976.